

DOMINGO DE RAMOS

Cuaresma 2021 – (DÍA 40)

Meditaciones de San Alberto Hurtado, SI.

Material extra (optativo)



PESIMISTAS Y OPTIMISTAS¹

Hecho curioso, paradoja cruel. Nunca como hoy el mundo ha manifestado tantos deseos de gozar, y nunca como hoy se había visto un dolor colectivo mayor.

Al hambre natural de gozo, propia de todo hombre, ha venido a sumarse la serie de descubrimientos que ofrecen hacer de esta vida un paraíso: la radio que alegra las horas de soledad; el cine que armoniza fantásticamente la belleza humana, el encanto del paisaje, las dulzuras de la música, en argumentos dramáticos, que toman a todo el hombre; el avión que le permite estar en 4 horas en Buenos Aires, en 21 en Nueva York, en 3 días en Londres o en Roma; la cordillera que ve invadida su soledad por miles de turistas que saborean un placer nuevo: el vértigo del peligro; la prensa que penetra por todas las puertas, aun las más cerradas por el acicate de la curiosidad, por la sugestión del gráfico y de la fotografía. Fiestas, Excursiones, Casinos, Regatas, todo para gozar... Y sin embargo, hecho curioso, el mundo está más triste hoy que nunca; ha sido necesario inventar técnicas médicas para curar la tristeza; ¡y dolores como jamás antes lo han invadido!

Dolores. ¿Para qué hablar de ellos? Europa no es más que un continente derrotado: Berlín, la orgullosa capital del Imperio Alemán... Polonia, Inglaterra, casas, hambre mundial, EE.UU. (manicomio; soldados...).

El mundo contemporáneo sufre hoy de una neurosis colectiva, que en muchos llega a casos extremos. En Estados Unidos, según Carrel, de cada trece, uno... Y en todas partes, ¿no vemos a los psiquiatras llenos de una clientela desbordante? Frente a esta "*angustia contemporánea*" muchas soluciones se excogitan a diario: Unas, del tipo de la evasión, que, en su grado mínimo, es huir a pensar, atontarse... Para eso sirve maravillosamente la radio, el auto, el cine, el casino, el juego; ¡ruina de la vida interior! Se está, no me atrevería a decir "*ocupado*", pero sí, "*haciendo algo*" que nos permita escapar de nosotros mismos, huir de nuestros problemas, no ver las dificultades. Es la eterna política del avestruz. Los turistas que vienen a estas lindas playas, ¿qué hacen aquí en el verano sino eso? Playa, baño, baño de sol, aperitivo, almuerzo, juego, terraza, cine, casino, hasta que se cierran los ojos para seguir así, no digo gozando, sino "*atontándose*". Esta política de la evasión lleva a algunos más lejos, a la morfina, al "*opio*" que se está introduciendo, al trago -demasiado introducido-, hasta en las

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 79-83.

niñas, al suicidio inclusive. Nunca me olvidaré de uno que me tocó presenciar en Valparaíso.

Otros, más pensadores, no siguen el camino de la “*evasión*”, sino que afrontan el problema filosóficamente y llegan a doctrinas que son la sistematización del pesimismo, tipo Nietzsche y Heine.

Para ambos grupos el fondo, confesado o no, es que la vida es triste, un gran dolor, y termina con un gran fracaso: la muerte. Y por eso, para no ser vencidos por ella, muchos se le anticipan y le salen al encuentro. El suicidio tan común en los paganos y que, a manera de epidemia, ha penetrado en Europa entre vencidos y vencedores.

Y sin embargo, la vida no es triste sino alegre; el mundo no es un desierto, sino un jardín; nacemos, no para sufrir, sino para gozar; el fin de esta vida no es morir sino vivir. ¿Cuál es la filosofía que nos enseña esta doctrina? ¡¡El Cristianismo!!

–“¿Cómo, preguntará alguna escandalizada, usted pretende cambiar las palabras de Yahvé: Comerás el pan con el sudor de tu frente; darás a luz con dolores; la tierra con esfuerzo entregará sus frutos, tendrás enfermedades y muerte? ¿No decimos acaso en la Salve que esta tierra es un valle de lágrimas? ¿No dijo acaso Jesús que el que quisiera ir tras Él tomara su Cruz y lo siguiera? ¿Y San Pablo, que no conocía sino a Cristo y a Cristo crucificado?” (cf. Gn 3,16-19; Mt 16,24; 1Cor 2,2).

–Sí, todo esto es verdad, verdad sagrada. Pero nada de ello impide que para el cristiano esta vida sea camino de alegría, fuente de aguas vivas y frescas que saltan hasta la vida eterna (cf. Jn 7,38), clima de paz, de esa paz que nos dejó Cristo, que el mundo no conoce, pero que es la satisfacción del orden, la saciedad del amor.

Hay dos maneras de considerarse en la vida: Producto de la materia, evolución de la materia, hijo del mono, nieto del árbol, biznieto de la piedra, o bien Hijo de Dios; producto de la generación espontánea, de lo inorgánico, o bien término del Amor de un Dios todo poder y toda bondad.

Claro está que para quien se considera hijo de la materia, y pura materia, el panorama no puede ser muy consolador. La materia no tiene entrañas, carece de corazón, ni siquiera tiene oídos para escuchar los ruegos, ni ojos para ver el llanto.

Pero para quien sabe que su vida no viene de la nada sino de Dios, el cambio es total. Yo soy la obra de las manos de Dios. Él es el responsable de mi vida. Cuanto hay en mí es su hechura (poesía del Soldado Norteamericano).

Y yo sé que Dios es Belleza, toda la belleza del universo de Él arranca, como de su fuente. Las flores, los campos, los cielos son bellos porque, como decía San Juan de la Cruz, pasó por estos sotos, sus gracias derramando, y vestidos los dejó de su hermosura.

El cristiano no pasa por el mundo con los ojos cerrados, sino con los ojos muy abiertos, y en la naturaleza, en la música, y en el arte todo... goza, se deleita, ensancha su espíritu porque sabe que todo eso es una huella de Dios, que todo eso es bello, que esas flores no se marchitan... porque su belleza más completa y cabal la va a encontrar en el mismo Dios. Elevación a lo infinito de todo cuanto es bello aquí abajo. Dios es

belleza y también es bondad: todos los designios de Dios son designios de bien. Oh Bonitas!

“Dios es amor”, dice San Juan al definirlo, “et nos credidimus caritati” y nosotros nos hemos fiado al amor de Dios (1Jn 4,8.16). Todo lo que el amor tiene de bello, de tierno: entre padre e hijo, esposo y esposa, amigo y amiga, todo eso lo encontraremos en Él, pues es amigo, esposo, más aún, Padre. Estamos tan acostumbrados a esta revelación de la paternidad divina que no nos extraña, pero que no cabía en la mente de un judío, ni de un pagano. Dios, Señor, sí, pero ¿Padre? ¿Padre de verdad? Y de verdad, tan verdad es padre: “Para que nos llamemos y seamos hijos de Dios” (1Jn 3,1). Cuando oréis... ¡Mi Padre y Padre vuestro! Padre que provee el vestido, el alimento, Padre que nos recibe con sus brazos abiertos cuando hemos fallado a nuestra naturaleza de hijos y pecamos.

Si tomamos esta idea profundamente en serio, ¿cómo no ser optimistas en la vida? (y notémoslo, es la única idea capaz de fundar un verdadero optimismo).

[...] ser vista pura para comprender a través de todo en la vida los designios de amor de su Padre Dios.

Dolores: ni la muerte misma enturbia la alegría profunda del cristiano. Los antiguos, ¡cómo la temían! ¡La gran derrota! Pallida Mors!, la llama Horacio.

Pero, en cambio, para el cristiano no es la derrota, sino la victoria: el momento de ver a Dios. Esta vida se nos ha dado para buscar a Dios, la muerte para hallarlo, la eternidad para poseerlo. Llega el momento en que, después del camino, se llega al término. El hijo encuentra a su Padre y se echa en sus brazos, brazos que son de amor, y por eso, para nunca cerrarlos, los dejó clavados en su Cruz; entra en su costado que, para significar su amor, quedó abierto por la lanza manando de él sangre que redime y agua que purifica (cf. Jn 19,34).

La muerte para el cristiano no es el gran susto, sino la gran esperanza. ¡Felices de nosotros porque hemos de morir! Santa Teresa, San Juan de la Cruz, el Padre Vicuña. La Señora Vial de Echeverría reúne a toda la familia, se despide; la gran desilusión cuando llegan las seis y todavía el Sagrado Corazón no se la lleva. Poesía de Padre Restrepo; los Españoles.

“Muerte, ¿dónde está tu victoria?, ¿dónde está tu aguijón?” (1Cor 15,55). Por eso, si alguna vez la tristeza nos asalta, basta mirar al cielo para sonreír. Como el Monje aquel que se asomaba a su ventanita y veía el cielo azul, ¡y sonreía!

Si el viaje nos parece pesado, pensemos en el término que está quizás muy cerca. En nuestro viaje de Santiago a Viña, estamos quizás llegando a Quilpué. Y al pensar que el tiempo que queda es corto, apresuremos el paso, hagamos el bien con mayor brío, hagamos partícipes de nuestra alegría a nuestros hermanos, porque el término está cerca. Se acabará la ocasión de sufrir por Cristo, aprovechemos las últimas gotas de amargura y tomémoslas con amor.

Si amatur, non laboratur et si laboratur, labor amatur. Y así, contentos, siempre contentos. La Iglesia, los hogares cristianos, centros de alegría; un cristiano siempre alegre, ¡que el santo triste es un triste santo! Con el paréntesis de la risa franca, con esa paz que, como decía alguien del Papa Pío XII, le baja de los ojos, toma la boca, infunde

paz y serenidad... Es tal vez el único gran gobernante que parece profundamente alegre.

Jaculatorias del fondo del alma, contento, Señor, contento. Y para estarlo, decirle a Dios siempre: *“Sí, Padre”*.

El que hace la voluntad de Dios ama a Dios, y a aquél que ama a Dios, *“vendremos y haremos en Él nuestra morada”* (Jn 14,23), y haremos brotar en el fondo del alma una fuente de aguas vivas, de paz y de gozo, que brota hasta la vida eterna (cf. Jn 7,38). Cristo es la fuente de nuestra alegría. En la medida que vivamos en Él viviremos felices.